

Fiesta

Eran las dos de la mañana y habían anunciado que la novia iba a tirar el ramo. Después cortarían la torta y vendría el carnaval carioca. Corré hacia el baño como loca. Debía reconstruirme. De pronto el ruido del agua fluir por el inodoro opacó la música que venía desde el salón. Los cubículos estaban hechos una mugre, solo el de la punta estaba desocupado. Entré y puse el pestillo. Me daba asco todo, pero como me había tomado hasta el agua de los floreros necesitaba descomprimir mi vejiga de manera urgente. Después, ya más tranquila, me haría un retoque integral de maquillaje y peinado.

—¿Está buena la fiesta? ¿La están pasando bien? —pregunté esperando una señal de vida de mi compañera del cubículo de mi izquierda.

—¡Sí! —me respondió tímidamente una voz juvenil. El ruido del botón del baño volvió a repetirse y me preocupé.

—¿Te sentís bien? —le dije.

—Sí —me respondió después de varios segundos de silencio.

—¿Buena comida no? —pregunté pensando que pudiese estar mal del estomago.

—Demasiada. —contestó la desconocida que seguía ahí sin abrir la puerta.

—¿Seguro que te sentís bien? —insistí.

—¡Si! Ya te dije —me contestó de muy mal modo.

—¡Papá tuvo que sacar un crédito para hacer la fiesta! ¡Un disparate! —le comenté tratando de romper el hielo. Como se habrán

dado cuenta soy de esas personas que me pongo a hablar con cualquiera en el lugar menos pensado.

—¿En serio? —contestó sorprendida por mi intromisión en un momento tan inoportuno.

—¿Sos de la familia del novio? —continué tratando de identificar quien era. Papá había tirado la casa por la ventana. Entre los amigos y familiares nuestros y los del novio éramos como doscientos.

—Soy la sobrina de Guillermo —contestó.

—Pareces joven, ¿Te gustan los casamientos? —proseguí.

—¡No entiendo cómo es que la gente se sigue casando en estos tiempos! —respondió cortante.

—Es cierto, pero... ¿Quién le quita al viejo la alegría de ver a mi hermana de blanco caminando hacia el altar? —le respondí.

—Perdón, no te ofendas... ¿pero no era mejor que le pagara un viaje? Lo iban a disfrutar mas—me acotó. No se si fue el alcohol que venía acumulado o la alegría de ver a mi hermana feliz que de ninguna manera me iba a sentir ofendida por el comentario de esa estúpida.

—Seguramente lo harán en algún momento —señalé —¿Vos estás de novia?

—No me interesa... por ahora.

—¿Cuántos años tenés?

—Veinte.

—Me estás mintiendo.

—¿Qué te importa?

—¡Que mala onda! Si vamos a ser parientes...

—Mmmm eso no lo creo.

—Dale! ¿Cuántos años tenés? —le dije y escuchaba como mandaba mensajes de WhatsApp a toda velocidad.

—¿Cuántos creés?

—Por la voz... no más de quince.

—Veinte.

—Bueno, mejor lo dejamos ahí. ¡Espero que estés disfrutando de la fiesta! —le contesté para no engancharme en una discusión sin sentido. Escuché como el botón de su baño había sido apretado de nuevo.

Me limpié con papel higiénico y salí del reducto. Me puse frente al espejo con mi sobre de maquillajes y empecé a retocarme con el labial. La desconocida seguía ahí. Traté de no hacer ruido para que saliera y así poder saber quien era.

De pronto se abrió la puerta y salió. Era una niña alta, pero no llegaba a los quince. Tenía los ojos rojos y se sorprendió al verme. Ella también se paró a mi lado frente al espejo. Rápidamente abrió la canilla y se lavó la cara con sus dos manos. Casi en un pestaño pude ver restos de polvo blanco que le habían quedado en los orificios nasales.

—¿Te estabas drogando? —le pregunté indignada —¡Sos muy chica para arruinarte la vida.

—¿Muy chica? Preguntale a Guillermo —me respondió.

Fin